

La entrevista periodística como vínculo intersubjetivo

Pedro Lipcovich

Resumo

En la práctica de las entrevistas periodísticas puede advertirse que la particularidad del vínculo entrevistador-entrevistado tiene un papel fundamental. Sin embargo, la entrevista periodística en tanto vínculo intersubjetivo no ha sido suficientemente abordada, hasta donde me ha sido dado investigar. Para dar cuenta de esta dimensión, procuraré articular la teoría de la práctica periodística con aportes del psicoanálisis. A fin de conceptualizar las operaciones que el periodista debe efectuar para constituir y sostener ese vínculo, incluiré las nociones de “gran Otro” y “división subjetiva”.

Palabras-clave

Periodismo, entrevista, psicoanálisis

Abstract

In the practice of journalistic interviews there's an entail between interviewer - interviewed that has a fundamental role. The journalistic interview as an intersubjective bond has not been enough studied investigated, until now. In this piece, the journalistic practice theory is associated with the psychoanalysis. The ideas of “great Other” and “subjective segment” will be included to demonstrate how the journalist must work and mantain this bond.

Keywords

Journalism, interview, psychoanalysis

En los textos sobre la práctica periodística, no es frecuente la referencia a la dimensión vincular de la entrevista. Leñero y Marín (1986), en su *Manual de Periodismo*, casi no aluden a ella; curiosamente, el orden de lo vincular aparece en su texto, no al tratar de la entrevista como género específico, sino al mencionar las entrevistas más o menos informales que se requieren para la producción de una nota informativa: “Son diálogos, conversaciones breves en las que el reportero debe poner en juego su *capacidad para relacionarse*, su *trato respetuoso y cordial* y su *empatía*”. Si bien los términos que he subrayado se limitan a una descripción fenoménica, introducen la noción de que la dimensión vincular puede (y debe) discernirse en toda entrevista, aun en la breve conversación telefónica con alguien a quien jamás conoceremos para aclarar el contenido de un cable llegado a la redacción.

Por otra parte, ese mismo libro de Leñero y Marín cita un texto de Gabriel García Márquez, cuyo testimonio sobre la entrevista tiene el interés de resumir su doble experiencia como entrevistador y como entrevistado. En un registro, digamos, híper realista, García Márquez habla de la entrevista en su aspecto vincular: “Las entrevistas son como el amor: se necesitan por lo menos dos personas para hacerlas, y sólo salen bien si esas personas se quieren. De lo contrario, el resultado final será un sartal de preguntas y respuestas, de las cuales puede salir un hijo en el peor de los casos, pero jamás saldrá un buen recuerdo” (Pág.119).

Agrega: “Lo que no saben los entrevis-

“En la entrevista se evidencia el poder social del periodista en su exigencia para que se dé respuesta a los interrogantes que presenta a los interlocutores’.”

tadores, y es muy útil que lo sepan, es que todos los entrevistados con sentido de la responsabilidad están más asustados que ellos. Como en el amor, por supuesto. Los que creen que el susto sólo lo tienen ellos incurren en uno de los dos extremos: o se vuelven demasiado complacientes, o se vuelven demasiado agresivos”.

Para García Márquez, en la entrevista periodística por ambas partes hay amor y hay miedo pero con una diferencia: ese “quererse” - un orden recíproco de deseo - se presenta como el sustrato necesario para que la entrevista “salga bien”; el miedo sería consecuencia necesaria del “sentido de la responsabilidad”; afectaría a ambos, pero su administración corre por cuenta del entrevistador: si éste no reconoce ese miedo en el otro, la entrevista fracasará - sugiere García Márquez - por exceso de complacencia o de agresividad.

Juan Cantavella (1996), en su libro íntegramente dedicado a la entrevista periodística, no dedica ningún apartado específico a lo que pudiera llamarse su dimensión vincular. No obstante, en distintos lugares hace observaciones que sirven a nuestro trabajo. Así, señala: “En la entrevista se evidencia el poder social del periodista, no sólo para formular preguntas, sino sobre todo en su exigencia para que se dé respuesta a los interrogantes que presenta a los interlocutores” (Pág. 14). Aunque debemos señalar la exageración del término “exigencia”, vale subrayar la noción de un *poder social* del periodista, cuyo origen se advierte cuando el mismo autor cita a Fraser Bond: “El reportero personifica el

derecho del público a conocer determinadas cosas” (Pág. 15). Ese “poder” remite en rigor a una autorización: el periodista representa, “personifica” un derecho que no le es propio sino de un otro, “del público”.

Teófilo Domínguez (1994), sin referirse explícitamente a la dimensión vincular, formula apreciaciones que se acercan a ella. Así: “Asuma definitivamente la conducción de la entrevista. No permita que el reportado se transforme en periodista. Las preguntas las hace usted. Usted y el lector son los que deben saber” (Pág. 66).

Más allá del modo imperativo que usa Domínguez - en rigor, la definición sobre quién ha de asumir la conducción de la entrevista no obedece a un acto de voluntad sino a la configuración del campo vincular -, también este autor vislumbra una escena de tres personajes diferenciados, el entrevistado, el periodista y “el lector”.

También solicita Domínguez (Ibíd.): “No comience el trabajo con preguntas irritativas. Si ha considerado que debe ser agresivo en algún punto del reportaje, déjelo para más tarde. No patee el banco antes de sentarse”. Más abajo examinaremos la cuestión de la “agresividad” en la entrevista periodística. Retengamos la intuición de Domínguez sobre un tiempo inicial, en el cual el periodista todavía no se ha “sentado” en una posición de trabajo que debe ser preservada.

Más extensas y significativas son las referencias que Jorge Halperín (1995) formula sobre nuestro tema, al cual dedica el capítulo 1, “El vínculo periodista-entrevistado”. Sus formulaciones nos ayudarán a llevar el estudio empírico del vínculo

en la entrevista hasta el límite en que su conceptualización pasa a requerir otros aportes, que en nuestro caso provendrán del psicoanálisis.

El capítulo empieza con una aguda observación: la entrevista “funciona con las reglas del diálogo privado pero esta construida para el ámbito de lo público”. Como ya venimos señalando, en la entrevista periodística siempre hay tres: el periodista, el entrevistado y la terceridad que aquí aparece como “ámbito de lo público”. Sin embargo, a diferencia de por ejemplo una conferencia, la entrevista funciona como un diálogo privado. Quizás el extremo de esta privacidad propia de la entrevista es el *off the record*: nada más privado que guardar un secreto. Pero, junto con esta privacidad auténtica, hay una ficción de privacidad. Esto puede verificarse aun en la radio o la televisión, donde la invisibilidad física del espectador puede crear una ilusión de intimidad propicia a la confianza (pensemos en programas de entrevistas como “*A solas*”, de Hugo Guerrero Marthineitz, o “*El perro verde*”, de Jesús Quintero). En el periodismo gráfico, esta ficción de privacidad se inscribe en la doble instancia de la entrevista: primero, el diálogo a solas; después, su transcripción destinada al público.

Pero, además, la entrevista comporta una dramática. Halperín acierta al observar (Pág. 109) que “la entrevista es teatro al revés: es una obra que primero se actúa y luego se escribe”. Pero, si el entrevistado es personaje en busca de autor, sucede que el dramaturgo que establecerá el texto, el periodista, es a su vez personaje.

**“El periodista
representa,
'personifica' un
derecho que
no le es propio
sino de un otro,
'del público'.”**

¿Por qué el entrevistado confía su personaje al periodista, ese dudoso autor, cuya fidelidad referencial no puede asegurarse? Halperín (Pág. 64) propone: “El periodista es dueño de un poder social por delegación (el medio que lo envía, la opinión pública) frente a la cual el poder del entrevistado, por grande que sea, encuentra su barrera”. Me parece preferible reservar la cuestión del poder para consideración sociopolítica de los medios de comunicación como tales (allí ha de discutirse la fórmula del “Cuarto Poder”, etcétera) y sostener que lo que se juega en la entrevista es, no un poder, sino una autoridad. Por lo demás, el límite de todo poder está precisamente en la facultad de obtener del sometido una palabra auténtica: lo que se busca en la entrevista es o debiera ser palabra plena del entrevistado (LACAN, 1985, c), un discurso que trascienda las formalidades y engaños del diálogo habitual - y eso es - como el amor al que se refiere García Márquez - lo único que una situación de poder jamás podrá lograr.

En rigor, todas las prerrogativas del periodista en la entrevista son ejercicios de autoridad profesional (como las del médico, el juez o el psicólogo en sus funciones respectivas). Esta autoridad emana de un tercer lugar, que remite a la función fiduciaria (GOMIS, 1991) por el cual la sociedad otorga credibilidad a los medios de comunicación que reconoce como tales.

Vemos cómo la función del gran Otro entendido como el sostén simbólico, la Ley, el garante social (LACAN, 1983),

“Todas las prerrogativas del periodista en la entrevista son ejercicios de autoridad profesional.”

está presente en dos tiempos: desde antes de la entrevista, en tanto instancia autorizante - mediada por la institución periodística - de la función del entrevistador; y, en la prospectiva de la entrevista, como público destinatario.

Ahora podemos tomar en su rigor aquella formulación de García Márquez sobre el “miedo” que todo entrevistado (así fuera el hombre más poderoso de la Tierra) siente ante el entrevistador. Corresponde que tenga miedo porque, si bien el entrevistador no es nadie, el gran Otro lo es casi todo: y el periodista, por su posición en la trama vincular, tiene dominio sobre la palabra que el sujeto dirige al Otro. Según la fórmula que hemos citado en García Márquez, el entrevistador debe saber acerca de ese miedo; debe estar en condiciones, no de suprimirlo, lo cual falsearía la situación, sino de administrarlo. A esta función se la ha llamado *holding* (WINNICOTT, 1986). Y aquí vale recordar que, en el ejemplo clásico del *holding* materno, no es en rigor que el miedo del niño se refiera a peligros exteriores, de los que sería protegido por la madre: a quien teme el niño es a la madre misma, al deseo de la madre. A quien teme el entrevistado es al deseo del entrevistador: “¿qué saldrá publicado de todo esto que hablamos?, ¿qué hará este desconocido con las palabras que le confío?, ¿qué hará de mí, de mi nombre?”.

El Otro alternativo

En la configuración vincular que venimos de exponer - periodista; entrevistado; el Otro, mediado por la institución periodística - hay que advertir

que el último término, la “institución periodística”, no siempre está presente. Es más, el texto que bien puede llamarse obra cumbre del periodismo gráfico argentino, *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh (1984), fue producido al margen de las instituciones periodísticas legítimas: los fusilamientos clandestinos de 1956 no interesaban en absoluto a los medios de prensa argentinos, sometidos al poder militar.

En su libro, Walsh cuenta cómo cada vez, para acceder a cada fuente de información, tuvo que obtener su propia legitimación: “...No nos cree cuando le anunciamos que somos periodistas, nos pide credenciales que no tenemos, y no sé qué le decimos, a través de la mirilla, qué promesa de silencio, qué clave oculta, para que vaya abriendo la puerta de apoco, y vaya saliendo, cosa que le lleva como media hora, y hable, que le lleva mucho más” (Pág. 14). O bien: “...se pronuncian palabras-ganzúa, hasta que la más oxidada del manojo funciona” (Pág. 17).

El caso de Walsh en *Operación Masacre* es o debería ser paradigmático de la prensa alternativa: la función del gran Otro no está suprimida, no es posible ni deseable suprimirla, pero no remite en este caso a las instituciones periodísticas oficiales sino a un “no sé qué le decimos”, una “clave oculta” que no puede ser sino un proyecto y una organización política diferentes. El gran Otro del periodismo alternativo no es el mismo que el del periodismo oficial, y la diferencia ha de buscarse en el orden político.

“En un sentido fenoménico, el periodista puede ser en la entrevista tan agresivo como sea necesario”

“Agresividad” en la entrevista

En cualquier caso, y aun en los límites de la práctica habitual, donde el periodista representa a un medio de comunicación socialmente legitimado, la autoidentidad debe ser ratificada y construida, para cada entrevista en particular, por la acción del periodista. Una patología de la entrevista tiene lugar cuando el periodista, en lugar de investirse como representante del Otro, ocupa el lugar de pequeño otro (LACAN, 1985 a): este otro es el de la agresividad en el sentido conceptual de este término, esto es, no cualquier manifestación agresiva sino aquella que se inscribe en la rivalidad especular. Por supuesto, en un sentido fenoménico, el periodista puede ser en la entrevista tan agresivo como sea necesario: el punto está en que esto se ejerza desde la investidura del gran Otro

Tomaremos el eje de la “agresividad” - a través del ejemplo de una periodista supuestamente “agresiva” como es el caso de Oriana Fallaci - para distinguir entre los lugares del pequeño otro y del gran Otro, y para discernir un primer tiempo lógico en el que debe constituirse la estructura vincular necesaria para el desarrollo de la entrevista.

Una de las entrevistas más célebres de esta gran periodista italiana fue la que le efectuó a Henry Kissinger, entonces secretario de Estado de los Estados Unidos, el 4 de noviembre de 1972 (FALLACI, 1982). Fallaci suele ser citada como ejemplo de periodismo agresivo, sin contemplaciones para con el entrevistado (Cf., por ejemplo, Cantavella, Ob. Cit., págs. 54/55).

Sin embargo, un reanálisis de la entrevista a Kissinger permite discernir sobre qué bases vinculares se asienta aquella “agresividad”; es más, las circunstancias de esa entrevista nos otorgan el privilegio de presenciar, por así decirlo al desnudo, la estructura subyacente a toda entrevista periodística.

Sucede que la entrevista del 4 de noviembre fue precedida por otro encuentro, el 2 de noviembre, que duró 25 minutos y que había sido requerido por Kissinger como precondition para decidir si aceptaría o no la entrevista periodística. Fallaci misma lo narra en *Entrevista con la historia*.

En aquel encuentro previo, el entrevistador fue Kissinger. “Empezó a interrogarme con el tono de un profesor que examina a un alumno del que desconfía un poco”, cuenta Fallaci (Pág. 17). Lo interesante es que ella aceptó esa inversión de roles, explícitamente desaconsejada en cualquier manual de periodismo. La periodista “agresiva”, lejos de plantarse en defender su rol de conductora de la entrevista, acepta cederlo. Porque sabe que la conducción de la entrevista no es una prerrogativa dada, sino un derecho y un deber que aun ella, periodista célebre, debe ganarse en cada oportunidad.

En la entrevista del 2 de noviembre, efectivamente Fallaci demuestra a su examinador un conocimiento amplio del tema sobre el que se propone interrogarlo el 4, la guerra de Vietnam. Interrogada por Kissinger, expresa sus opiniones, bien diferentes de las de él. Es decir, si recordamos la fórmula de García Márquez, acepta tomar en consideración

“Si recordamos la fórmula de García Márquez, acepta tomar en consideración el ‘susto’ de su futuro entrevistado sin caer en ser ‘agresiva’ ni ‘complaciente’.”

el “susto” de su futuro entrevistado sin caer en ser “agresiva” ni “complaciente”.

Pero no sólo es cuestión de demostrar competencia profesional. Kissinger le pregunta por el general Nguyen Van Giap, jefe de las fuerzas armadas de Vietnam del Norte, a quien ella había entrevistado poco tiempo antes. “Como le he dicho ya, no concedo nunca entrevistas individuales. La razón por la cual me dispongo a considerar la posibilidad de concederle una a usted es porque he leído su entrevista con Giap. *Very interesting*. Qué clase de individuo es Giap?” Ella le hace una breve descripción del general, a quien define como “*un snob francés*, aburrido como un día de lluvia. Sin embargo - agrega -, todo lo que me dijo resultó exacto”. Relatará Fallaci que la expresión “*snob francés*” dejó perplejo a Kissinger y que “la revelación de que era ‘aburrido como un día de lluvia’ lo turbó: sabe que sufre también ese estigma de tipo aburrido y por un par de veces su mirada azul relampagueó de modo hostil”. Hay que marcar este momento de turbación del entrevistado (y en esa entrevista con Kissinger hay más de uno) porque allí puede leerse la división subjetiva (LACAN, 1985 b): el sujeto, en este caso el profesor Kissinger, se vuelve sobre sí mismo para mirarse con curiosidad e inquietud: ¿soy aburrido, como Giap?; ¿Cómo soy en ese espejo llamado Giap, mi rival, que la periodista sostiene ante mí?; Si la entrevista con Giap lo reveló como aburrido, ¿qué revelará la entrevista conmigo?; ¿Cómo seré yo, para usted, para los otros, para ese otro que soy yo mismo, cuando usted me entrevistaste?

Nótese cómo, a partir de esta división

subjetiva, los roles se invierten. Fallaci aceptó que Kissinger le tomara “examen” sólo para dar vuelta la situación: en la situación de examen, la turbación, la división subjetiva, quedan del lado del alumno, del examinado, no del examinador.

Hacia el final de la entrevista del 2 de noviembre, Kissinger plantea todavía otra cuestión, que Fallaci recuerda así: “Yo era una mujer y precisamente con una mujer, la periodista francesa que había escrito *Dear Henry*, había tenido una experiencia desafortunada. ¿Y si yo, a pesar de todas mis buenas intenciones, lo colocaba también en una situación embarazosa?”. Entonces, “*me enojé*”, cuenta Fallaci. Ella le contestó que “yo no era responsable del mal gusto de una señora que hacía mi mismo trabajo, y que no debía pagar por ella. Si era necesario, saldría del asunto con un par de bofetadas” (Pág. 19). La inquietud de Kissinger tenía fundamento: ¿no sucedería que la periodista, en vez de situarse como representante del gran Otro, terminara situándose como el pequeño otro de las “situaciones embarazosas”? Porque - Kissinger es astuto - a ese otro con minúscula, el que lo nombra como “*Dear Henry*” mejor no confiarle ninguna palabra verdadera. Pero la respuesta de Fallaci - las palabras, el gesto, la enunciación - fue suficiente para mostrarle que ella no iba a descender a ese lugar.

Esa pregunta de Kissinger en el final de la entrevista previa se lee en el mismo orden conceptual que su momento de “turbación”: la turbación, el trance de embarazo, la división subjetiva, sólo

“Si el periodista se ubica como pequeño otro la entrevista fracasará o en la agresividad vana o en la complacencia’.”

puede producirse ante el gran Otro; ante el pequeño otro nadie se avergüenza; por eso - entre otras cosas que no importa hacerle - no importa mentirle. Y, por eso, si el periodista se ubica como pequeño otro la entrevista fracasará, o en la agresividad vana o en la “complacencia” que la transformaría en una operación de prensa al servicio del entrevistado.

Está claro ya que, en el ejemplo de Fallaci con Kissinger, lo que tuvo lugar en aquella entrevista previa no es un mero examen, en términos cognitivos: se estableció un pacto vincular. El periodista, que ya contaba con la autorización social, fue autorizado por el propio entrevistado para ejercer su función. Entonces, la entrevista del sábado será conducida por Fallaci con toda la autoridad de la que, antes de la entrevista del jueves, todavía no disponía.

Conceptualmente: la autoridad del periodista, que lo faculta para conducir la entrevista, sólo puede ejercerse a partir de una autorización implícita por parte del entrevistado; obtener esta autorización es función del periodista.

El análisis del encuentro entre Fallaci y Kissinger nos ha permitido mostrar, por así decirlo en estado puro, un tiempo lógico que generalmente no se pone de manifiesto porque suele estar subsumido en la entrevista misma: la constitución de un vínculo en que el entrevistado inviste al entrevistador, mediado por la institución periodística, como representante del gran Otro. Esta investidura no es, no puede ser una imposición del entrevistador sino un acto del entrevistado, que el entrevistador sólo puede y debe propiciar.

Si he marcado un “tiempo lógico” para la constitución de este vínculo, es a fin de distinguirlo de toda diferenciación fáctica en etapas que debieran cumplirse. En el caso de Fallaci con Kissinger fue necesaria una entrevista previa. Esto no suele ser posible y en realidad no es recomendable en la mayoría de los casos. El vínculo puede empezar a instaurarse en los arreglos telefónicos o por correspondencia previos al encuentro, pero la etapa característica de su constitución son los momentos iniciales de la entrevista. Por lo demás, nada garantiza la estabilidad de este vínculo de trabajo, que puede verse amenazado o entrar en crisis en el transcurso de la entrevista, y en tal caso será función del entrevistador hacer lo posible por restablecerlo. Por eso es mejor definir esta organización vincular, no sobre un tiempo fáctico sino sobre un tiempo lógico, que el periodista debiera estar en condiciones de diagnosticar o por lo menos intuir.

Vínculo y técnica

Vale la pena repensar desde esta perspectiva vincular distintas pautas técnicas que se han planteado para la entrevista periodística. Así por ejemplo, la puntualidad. Presentarse puntualmente a la entrevista es una norma generalmente admitida, aunque a menudo incumplida. ¿Cuáles son las consecuencias vinculares de tal impuntualidad? Por de pronto, el periodista que llega tarde debe pedir disculpas, es decir que, en ese momento clave que es el comienzo de la entrevista, queda en deuda con su

“La apertura de la entrevista es en general muy importante en la constitución del vínculo de trabajo.”

entrevistado. Deberá afrontar el posible malhumor del entrevistado o, si se ve en la obligación de hacerse perdonar su falta, su independencia durante la entrevista podrá verse afectada; no arranca la entrevista en la posición serena de la que debiera partir. Pero lo esencial, en la perspectiva que nos ocupa, es que esa posición de deuda afecta la matriz vincular que debe presidir la entrevista: quien debe estar en deuda es el entrevistado, claro que no con el periodista sino con el gran Otro, a quien debe su palabra plena.

La apertura de la entrevista, la primera pregunta, es en general muy importante en la constitución del vínculo de trabajo. Todas esas funciones que hemos discernido en la entrevista previa Fallaci - Kissinger debieran establecerse en la primera etapa de toda entrevista (no suele ser tan difícil como en aquel ejemplo: pocos entrevistados están tan asustados como lo estaba Kissinger). Es oportuno que el periodista haga valer y manifieste saberes, propios de la profesión, en cuanto concierne a la información que se busca. Pero la manera de presentar estos saberes no ha de ser la exhibición narcisista - el pavoneo que ubicaría al periodista como pequeño otro competitivo o en busca de reconocimiento - sino la que facilite que el entrevistado lo reconozca como interlocutor, que le otorgue la autoridad que el periodista necesita para trabajar. Claro que esta indicación técnica no se verifica en el plano de los enunciados, de fórmulas verbales que el periodista pudiese emplear, sino

en el nivel de la enunciación: de la posición subjetiva que el periodista ha de asumir.

Otra cuestión técnica que se puede considerar en esta perspectiva es la repregunta. En una entrevista, toda repregunta bien formulada lleva implícito el mensaje de que el periodista estaba escuchando atentamente lo que decía el entrevistado. Sabemos que, en la mala práctica del periodismo, esto a menudo no sucede, porque el periodista está solo atento a cuestiones predeterminadas o simplemente porque piensa en otra cosa. Por supuesto, el periodista eventualmente puede distraerse o perder el hilo del discurso del entrevistado: en este caso, interrumpirlo, pedir disculpas y señalar el punto en que se perdió tranquiliza al entrevistado y refuerza el vínculo. Lo esencial es que el entrevistado advierta que está siendo escuchado. Exagerando un poco, podría decirse que la experiencia de ser escuchado con atención y probidad (pero no por cualquiera: por quien represente al Otro) es tan infrecuente en la vida de las personas, que otorgarle ese don al entrevistado pavimenta el camino para una buena entrevista.

Además, la repregunta, si está bien utilizada, pone de manifiesto contradicciones, imprecisiones o limitaciones en el discurso del entrevistado; lo revela como sujeto de un discurso con puntos de falla y esto propicia - en el nivel propio de la entrevista de que se trate - su división subjetiva y por lo tanto la autoridad del entrevistador para continuar indagando.

**“Una
manifestación
frecuente
es que el
entrevistado
solicite se
le remita la
transcripción
de la entrevista
antes de su
publicación”**

La estructura vincular que sostiene la entrevista puede entrar en crisis al acercarse su finalización. Una manifestación frecuente es que el entrevistado solicite se le remita la transcripción de la entrevista antes de su publicación, “para evitar errores”. Se advierte que, en esta solicitud, el periodista vuelve a ser, para el entrevistado, un pequeño otro inquietante o temible, mientras que el entrevistado mismo pretende recuperarse como un sujeto que sería dueño de su discurso; el gran Otro, en cambio, cuando está firme, sabe mejor que el sujeto mismo lo que éste dijo.

Aceptar esa demanda del entrevistado no es recomendable: lo que cuenta en definitiva no son “los errores” sino lo que él efectivamente haya dicho, y establecer ese texto es función profesional del periodista. Un recurso que, en mi práctica, suele dar excelentes resultados es prometerle al entrevistado (y cumplir) que me comunicaré con él por teléfono para transmitirle lo que, conceptualmente, he registrado del diálogo, agregando que esa comunicación servirá también para formular preguntas que se me hayan pasado por alto. Si es necesario, advierto discretamente que establecer el texto es responsabilidad profesional del periodista y que su margen de error es el de toda responsabilidad profesional - incluida la que, en el orden de su propia actividad, sin duda tiene el entrevistado. Esta explicación, esa promesa y su cumplimiento son generalmente efectivos para reducir la ansiedad de la finalización del encuentro, ya que proyectan también hacia el futuro la estructura vincular que sostuvo la entrevista.

Una función ética

Como vemos, considerar la dimensión vincular de la entrevista nos ha conducido a la cuestión de la responsabilidad profesional. ¿Cuál es la responsabilidad básica del periodista? La generalidad de los códigos de ética del mundo y el Código de la Unesco coinciden en que su valor primero es: veracidad; informar la verdad. Pero, ¿qué verdad es ésta? “Lejos de enredarse en complejas discusiones filosóficas sobre la naturaleza de la verdad, los autores de los códigos precisan la verdad a que se refieren: los hechos de cada día” (HERRÁN y RESTREPO, 1991). Esta definición es apta para desmalezar la práctica cotidiana del periodismo pero por cierto, en lo conceptual, no es suficiente. La crítica epistemológica al orden de verdad generado por el periodismo trasciende los límites del presente trabajo, pero marca sus alcances: en la entrevista periodística, la verdad es el discurso del entrevistado. Esta verdad es problemática porque implica una transcripción, que está sujeta a responsabilidad profesional. El entrevistado podría - excepcionalmente, hay que decirlo - no reconocerse en el texto y seguir éste siendo verdadero. A la inversa, el entrevistado podría complacerse ante un texto que, aun compuesto con sus palabras, fuese esencialmente falso. En todo caso, la responsabilidad cardinal del periodista no es ante el entrevistado, ni ante el medio que representa; ni siquiera ante el público, que también puede ser un pequeño otro ansioso de mentiras. Somos responsables ante Otro.

“En la entrevista periodística, la verdad es el discurso del entrevistado.”

El presente trabajo ha sostenido también, en forma implícita, una pregunta: ¿es válido, es pertinente examinar la práctica del periodismo con el auxilio de otra disciplina, en este caso el psicoanálisis? Quizá no corresponda al autor explicitar una respuesta afirmativa pero sí señalar un requisito epistemológico: la introducción de nuevos marcos teóricos para pensar la práctica no será vana si y sólo si hace posible alguna nueva iluminación sobre la ética profesional del periodista.

Sobre o autor

Pedro Lipcovich é professor na Universidade Nacional de Jujuy na Argentina e trabalha como editor do suplemento de psicologia do diário Página/12 de Buenos Aires.

Bibliografía

- CANTAVELLA, J. **Manual de la entrevista periodística.** Barcelona: Ariel Comunicación, 1996.
- DOMÍNGUEZ, Teófilo. **Pragmática periodística.** La Plata: Editora Nieves, 1994.
- FALLACI, Oriana. **Entrevista con la historia.** Barcelona: Noguer, 1982.
- GOMIS, Lorenzo. **Teoría del periodismo: Cómo se forma el presente.** Buenos Aires: Paidós Comunicación, 1991.
- LACAN, Jacques. **El seminario, 1: los escritos técnicos de Freud.** Buenos Aires: Paidós, 1983.
- . **La agresividad en psicoanálisis: en Escritos 2.** Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- . **Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano: en Escritos 2.** Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
- . **Función y campo de la palabra y el**

lenguaje en psicoanálisis: en Escritos 2.
Buenos Aires: Siglo XXI, 1985.
LEÑERO, V. y MARÍN, C. **Manual de pe-
riodismo.** México: Grijalbo, 1986.
WALSH, Rodolfo. **Operación Masacre.**
Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1984.
WINNICOTT, Donald. **Realidad y juego.**
Buenos Aires: Gedisa, 1986.